

Roberta RICE. *The New Politics of Protest: Indigenous Mobilization in Latin America's Neoliberal Era.* Tucson: The University of Arizona Press, 2012. 168 pp. ISBN: 97-808-16528-75-2.

El libro de Rice tiene como objetivo analizar qué formas ha adquirido la protesta de los pueblos indígenas en la actualidad y cómo interpretar sus consecuencias. Bajo este propósito, Rice empieza distinguiendo dos olas de movilización en América Latina: una primera (de la década de 1970 y la de 1980), protagonizada por organizaciones sindicales en defensa de intereses laborales y corporativos y una segunda (de la década de 1990 al 2000) impulsada por movimientos en defensa de derechos sociales, económicos y culturales, donde los movimientos indígenas han tenido un importante protagonismo.

Es este último ciclo de movilizaciones el que centra la atención del libro. Para ello Rice utiliza diversas perspectivas teóricas y herramientas analíticas propias del estudio de los movimientos sociales con el fin de averiguar las razones del auge de la movilización popular indígena en cuatro países (Chile, Perú, Ecuador y Bolivia) con diseños institucionales y formas de incorporación de clases populares muy diferentes. Así las cosas, la variable dependiente es el tipo de movilización acontecido en cada país y su alcance, intensidad e impactos.

Los objetivos de la obra son tres: mostrar las razones por las cuales los pueblos indígenas se movilizaron contra las políticas neoliberales en determinados contextos, discernir los patrones de movilización desplegados por los indígenas y mostrar hasta qué punto las movilizaciones contra las políticas neoliberales han supuesto cambios en la

política latinoamericana (p. 4). Según la autora, las causas de la ola de movilización indígena están relacionadas con la combinación del impacto de las medidas neoliberales que permitieron la privatización de tierras, junto con las reformas institucionales de la organización territorial del Estado, la implantación de sistemas electorales más inclusivos y la ampliación de derechos. Este cóctel generó, por un lado, un proceso de atomización social de colectivos anteriormente muy combativos, pero también tuvieron la consecuencia no prevista como la de repolitizar otros sectores –rurales e indígenas– que activaron nuevas formas de acción colectiva.

La obra de Rice, a la vez, pretende analizar los impactos de la segunda ola de protestas a través de comparar, por un lado, Ecuador y Bolivia, donde las movilizaciones étnicas fueron muy intensas y, por otro lado, Chile y Perú, donde las movilizaciones fueron episódicas. De este ejercicio Rice señala que en Ecuador las protestas impulsadas por los indígenas a través de redes horizontales de origen comunitario (p. 66) supusieron un proceso de incorporación de colectivos históricamente excluidos y la deslegitimación y quiebra del modelo neoliberal. Por ello la autora expone que es imposible interpretar la situación actual de Ecuador sin tener en cuenta la irrupción de la protesta indígena, más allá de que hoy el movimiento esté fragmentado y la administración Correa lo ignore. El capítulo que trata de Bolivia sigue un patrón semejante: expone que los indígenas fueron el único sector capaz de transformar el sentimiento antineoliberal en un proyecto político alternativo (p. 68) y señala que fue lo indígena lo que impulsó una nueva lógica movilizadora, reemplazando el protagonismo que antes tuvieron los sindicatos mineros, a través del liderazgo del Movimiento al Socialismo (MAS) y Evo Morales.

En oposición a los dos casos descritos, Rice interpreta lo acontecido en la década de 1990 y en el siglo XXI en Perú y Chile como contraejemplos. En Perú, las políticas neoliberales de la administración Fujimori y el terror que se desplegó arrasaron con el potencial movilizador de los sectores urbanos y de las comunidades indígenas y, por ello, la protesta social ha sido moderada, atomizada, étnicamente poco consistente y sin canales para poder canalizar demandas populares. Así, en Perú las protestas han sido puntuales y espasmódicas, y la representación indígena poco relevante. En la misma dirección Chile se presenta como un caso singular debido a su legado autoritario, neoliberal y por su solidez institucional. Y si bien la protesta chilena tuvo un ciclo ascendente en la segunda mitad de los 1980, ésta estuvo muy centrada en demandas laborales y antiautoritarias.

A través de esta comparación, Rice concluye que las movilizaciones indígenas en la segunda ola de protestas han tenido una importancia política clave, ya que han quebrado el modelo de desarrollo neoliberal y han supuesto la incorporación de nuevas clases populares en Ecuador y Bolivia. Además, Rice afirma que las protestas han tenido impactos diferentes según el sistema de partidos, la solidez de los movimientos indígenas y de los antecedentes de violencia política. Finalmente, la autora expone también que es una paradoja que los movimientos indígenas hayan sido los impulsores de la renovación política nacional cuando sus demandas se centraban sobre todo en la identidad, el territorio y la autonomía.

Salvador MARTÍ I PUIG